



Desde
10
años

PLANETA

ROJO

RAFA Y SUS ESPANTOS

LOKI VALENTE

ILUSTRACIONES DE ANDRÉS FELIPE PELÁEZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
© de las ilustraciones Andrés Felipe Peláez, 2016

© Loki Valente, 2016

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5486-3

ISBN 10: 958-42-5486-3

Primera impresión: diciembre de 2016

Segunda impresión: febrero de 2017

Tercera impresión: septiembre de 2017

Cuarta impresión: agosto de 2018

Quinta impresión: septiembre de 2019

Sexta impresión: marzo de 2020

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

LOKI VALENTE (biografía)

Es el seudónimo de tres creadores de contenidos con estudios de literatura, cine y humanidades. Loki Valente es un caleño bogotanzado que luego de fracasar en su intento de ser DJ, dedicó su tiempo a crear buenas historias, dar conferencias y hablar de espantos que no existen... todavía.

CONTENIDO

0	9
1.....	15
2	23
3	33
4	45
5	55
6	71
7.....	81
8	89
9	109
10	123
Epílogo	129
Glosario de espantos	131

0

Terminando el día y empezando la noche, cuando las golondrinas revolotean en el campo, una abuela leía a sus dos nietos historias de terror de un libro tan viejo que cada vez que lo abrían se le caía una página.

—El cuento que les voy a relatar ya muchos lo han escuchado; habla de Florentino, quien desafió a un espanto:

“Reinaba el miedo en el Llano desde que una brisa del mes de mayo trajo a un hombre alto, fuerte y guapo que con sus tretas se apoderó de muchas tierras y riquezas.”

A la anciana le gustaba dramatizar la lectura con su poderosa voz, producto de una garganta luminosa educada en el canto.

“Le decían ‘el Viruñas’ y nadie se atrevía a enfrentarlo. Cautivaba a todos y con su astucia siempre ganaba. Promovía el juego, los vicios y la intriga entre las personas. Donde antes había armonía, generosidad y humildad, ahora dominaba el caos, la mezquinidad y la soberbia.”

Los nietos, concentrados en el relato, apenas parpadeaban. La abuela continuó leyendo:

“Todos sabían que era obra de este tenebroso varón que, valiéndose de sus encantos y donaire, se salía siempre con la suya. La gente del pueblo ya estaba cansada, pero él con su risotada acorralaba hasta al más bravo. Harto de esta situación, un buen día, a eso de las cinco de la tarde, Florentino, un muchacho trabajador, de corazón noble y mucho ingenio, lo desafió enfrente de todos y le apostó sus tierras. El Viruñas, muy confiado, aceptó el reto y propuso una justa de acertijos.

”—Tienes hasta la medianoche para resolverlos. Te espero en mi hacienda con las respuestas —le dijo—. Si fallas, las tierras de tu familia serán mías, y si pierdo, me iré de aquí y seré maldito por doscientos años —concluyó el Viruñas.”

La lectora hizo una pausa y miró a sus dos nietos para ver si la historia los había atrapado. Después prosiguió:

“Justo a las doce de la noche, Florentino, acompañado por la oscuridad y el frío, se presentó al reto. Un tenebroso relámpago rompió el silencio y el Viruñas, soberbio, hizo burla de su valentía.

”—Te recuerdo los acertijos que te he propuesto —dijo el espanto—: ¿qué viene de la tierra pero no tiene su dureza, se hace con fuego pero no quema, y se moldea con aire y tiene su transparencia?

”Florentino respondió correctamente, pero en ese momento el bramido de un toro temeroso no dejó escuchar la respuesta. El Viruñas, que sí la escuchó, sonrió y prosiguió con el segundo acertijo, con la confianza de los presumidos:

”—¿Qué es lo que flamea como una llama y aun así no es fuego, y arde como la fiebre pero se enfría con la muerte?

”Los labios de Florentino articularon la solución, y de inmediato un grito de rabia salió del Viruñas que, alterado, le dijo el tercer acertijo:

”—No puedes verme, escucharme o tocarme. Estoy detrás de las estrellas y transformo lo que es real. Soy lo que temes. Cierra tus ojos y estaré muy cerca. ¿Quién soy yo?

”—La oscuridad —fue la respuesta de Florentino.

”Los gritos de rabia del Viruñas hicieron huir la luz de la luna. Lo habían derrotado y, como mal perdedor, perverso, emprendió su última artimaña. Súbitamente, el espanto usó su magia para replicarse treinta y nueve veces. El grupo de cuarenta seres rabiosos acorraló al retador.

”—Eres muy listo, pero es imposible que ahora puedas derrotarme cuarenta veces —advirtió el monstruo.

”Florentino, superando el miedo, respondió:

”—Eres realmente un genio, pero cometiste un grave error...”

La abuela cerró el libro y les dijo a sus nietos que la siguiente página, donde terminaba la historia, se había perdido. Les explicó que no se sabía muy bien qué había pasado. Unos dicen que Florentino escapó abriéndose paso a machetazos entre la turba de



monstruos. Otros dicen que usó nuevamente su inteligencia para derrotar al espanto. De lo que sí hay certeza es de que hubo una gran explosión: la hacienda del Viruñas fue consumida por el fuego y a Florentino lo encontraron, en la madrugada, inconsciente a la orilla de un caño. El mal había sido derrotado.

—¿Y qué pasó con el espanto? —preguntó su nieta.

—Nunca se le volvió a ver por la región. Esta historia se ha contado durante doscientos años y muchos detalles se han perdido, otros se han agregado...

La abuela les dijo que más que una leyenda inconclusa de un antiguo libro, esta historia era la de un antepasado de su familia: sus adorables nietos eran descendientes directos de Florentino.

—No te creo nada —respondió Rafa con la altivez de los incrédulos—. Esa historia es una simple leyenda que nunca pasó y nosotros no tenemos ninguna relación con Florentino.

—Rafael, si no eres capaz de creer en las hazañas de los héroes, jamás entenderás el significado de la palabra valentía en tu vida —le respondió la abuela.

1

Rafa podía tocar el acordeón con los ojos cerrados, sobre un solo pie, con el acordeón sobre la cabeza e incluso una vez lo hizo montado en su bicicleta; pero cada vez que estaba en un escenario sus manos se desmayaban, como si tuviera huesos de gelatina, un sudor frío le recorría la espalda y podría jurar que los pies le olían a pecueca.

Esta vez en el Festival Musical de Talento no sería la excepción. Matilde, la hermana menor de Rafa, tenía una voz prodigiosa que lograba despertar la envidia incluso del ángel más virtuoso, o por lo menos eso decía su abuela. Lo cierto es que cuando Rafa y Matilde se presentaban juntos el público se volvía loco de la emoción; bueno, entendiendo como público a la abuela, un perro viejo, un gato gruñón y los vecinos de no muy lejos, que cuando escuchaban a los niños



apagaban los televisores y las radiolas para cautivarse con el talento de los pequeños.

Era así como Matilde, subida en el escenario, parecía brillar con luz propia. Su vestidito de bailarina de ballet le resaltaba sus facciones infantiles y la hacía ver más encantadora que de costumbre. Si los peces pertenecen a los ríos, las aves a los cielos y los topos a la tierra, Matilde sin lugar a dudas pertenecía al escenario. Por su parte, Rafa...

—¿Adónde fue Rafa?

Hace un momento estaba junto a su hermana para presentarse en el Festival Musical de Talento. Rafa se fue con su acordeón y dejó sola a su hermanita. Matilde no se amedrentó y con su sonrisa única cautivó al público y cantó *a cappella*. Todos la aplaudieron y le dieron un tiquete a la ronda final, en donde se tendría que enfrentar a los niños gaiteros, a los niños marimberos y al hijo de doña Rosa que baila *break dance*.

Cuando Matilde encontró a Rafa, él estaba escondido debajo del escenario, tocando el acordeón muy pasito, como para sí mismo.

—Rafa, me volviste a dejar sola en el escenario.

—Lo intenté, pero es que me da miedo.

—Rafa, niño, a ti te da miedo todo.

—Claro que no.

—Ja, cuando eras más pequeño le tenías miedo a las gallinas; luego decías que tenías un coco debajo de la cama; después te orinaste en la cama cuando te contaron la historia de las momias de san Bernardo. Siempre has sido un cobarde.

—Cómo eres de mentirosa, niña, solamente le tenía miedo al gallo Hermenegildo que me picó una vez cuando estaba recogiendo los huevos de las gallinas. Lo del coco debajo de mi cama también te asustó a ti y los dos dormimos con la abuela casi por una semana. Y bueno, lo de las momias de san Bernardo fue un accidente. Ninguna de esas cosas me ha dado miedo realmente.

—Entonces, si eres tan valiente, ¿por qué no te subes al escenario conmigo, tontico?

—Me pongo nervioso.

—¿Como cuando esa niña te dio un beso en la escuela?

—No, esto es diferente.

—Ya pasó, Rafa. Para la final prométeme que sí te subirás conmigo frente a toda esa gente.

—No, Matilde, no te prometo nada. Déjame solo.

Rafa se trezó su acordeón y empezó a caminar hacia la casa iluminado solamente por la luz de las estrellas, que estaban particularmente apagadas esa noche. Matilde intentó ir con él pero Rafa quería estar solo, como cuando uno está muy enojado sin saber por qué y no quiere que nadie lo moleste así se esté acabando el mundo... especialmente si se está acabando el mundo.

Cuando Rafa llegó a su casa vio que la abuela venía con Matilde de la mano y la consolaba; Matilde había llorado todo el camino y él no se había dado cuenta. Rafa miró a su abuela y ella lo observaba con compasión, como si lo entendiera, con una sonrisa cómplice que le perdonaba todos sus berrinches, todas sus patetas. Pero como Rafa estaba demasiado molesto, se encerró en su cuarto y empezó a tocar su acordeón muy bajito, como si quisiera ser el único que lo pudiera escuchar.

Todas las noches, antes de ir a dormir, Rafa iba al cuarto de su hermana, hacían una oración juntos y luego él tocaba el acordeón hasta que la niña se quedaba completamente dormida. Después Rafa se iba a su cuarto y guardaba el instrumento como quien protege un tesoro, una reliquia que guerreros de todas las edades han salvaguardado durante generaciones desde el inicio de los tiempos, como un sacerdote maya que mantiene vivo el fuego del cual depende que el sol nos siga alumbrando. Pero esta noche Rafa rompió la tradición: no le dirigió la palabra a Matilde, aunque sí guardó ceremoniosamente el acordeón en su estuche como todos los días.

Rafa dio vueltas en la cama sin poder dormir; realmente no entendía por qué no podía pararse en un escenario y tocar. Matilde lo hacía parecer tan fácil que le daba un poco de envidia de su hermanita menor, aunque sabía que ella no tenía la culpa de que a él le diera miedo pararse a cantar. Eventualmente el sueño le ganó y pasó una noche sin soñar, o si lo hizo, lo olvidó todo al despertar.

Una vez de pie, Rafa se lavó los dientes y fue al cuarto de su hermana para pedirle disculpas por haberla hecho llorar el día anterior. Cuando golpeó en

su puerta solamente escuchó un extraño ladrido, y se sorprendió de que su hermana hubiera dejado que el perro pasara la noche en su cuarto, pues por lo general no lo dejaba ni entrar.

En la cocina, su abuela lo esperaba con una pequeña taza de café endulzado con panela. Rafa estaba por sentarse en un banquito cuando dio un salto tremendo. El perro estaba durmiendo en su cama al lado del horno de la cocina, como siempre lo hacía. Entonces, ¿cuál era el perro que tenía Matilde en su cuarto?

De inmediato Rafa y la abuela fueron a la habitación de la niña en donde la encontraron llorando, pero no lloraba como una niña sino como un pato:

—CUAK CUAK CUAK CUAK.

Al principio a Rafa le causó gracia, pero pronto se dio cuenta de la gravedad del asunto e intentó mirar dentro de la boca de su hermana para ver si era que tenía un bicho atravesado.

Rafa no parecía ver nada, pero cuando su hermana intentó articular palabra, ya no hablaba como pato sino como vaca:

—MUUUUUU, MUUUUUUU, MUUUUUUU.

Angustiado, Rafa observaba a su abuela desenredar el cabello de su hermanita, que estaba enmarañado en unas extrañas trenzas que no había visto nunca antes.

La respuesta de la abuela no se hizo esperar:

—No cabe duda, esto es obra del Sombrerón, un espanto que vive en lo más profundo del bosque, en donde los hombres se pierden y jamás regresan, así que la voz de Matilde estará extraviada para siempre.

En ese momento la niña empezó a llorar de nuevo, pero esta vez sus palabras de dolor salían como las de un pollito:

—PÍO PÍO PÍO. PÍO PÍO PÍO.

Rafa se retiró del cuarto de su hermana y se dio un baño muy despacio, como si no tuviera certeza de cuándo sería la próxima vez que tomaría uno de nuevo; se vistió parsimoniosamente, abrió el estuche del acordeón y pensó si era mejor dejarlo, pero de inmediato supo que tenía que llevarlo consigo. Rafa le dio un beso a su hermana, que habló como chanchito, OINK OINK OINK, y otro a su abuela, quien no pudo hacer nada para detenerlo. Rafa respiró profundo y empezó su viaje.